

# CRÓNICA

---

FIN DEL VERANO. — CURSOS ESCOLARES. — LA EPIDEMIA GRIPAL.

LA llegada del mes de Octubre señala con trazos de carácter oficial la línea divisoria entre el verano alegre y disipado y el invierno grave y laborioso.

Para esta clasificación prescindimos del calendario con sus cuatro estaciones; nos atenemos a las realidades vivas y encontramos la única división del año, establecida por la moda, la costumbre o la necesidad, en esas dos estaciones.

En ninguna parte quizá se advierta tanto esta nueva división como en Donostia, clasificada como playa de moda y sujeta por tanto a las veleidades de esa caprichosa señora.

Los cambios de ese limitado verano al invierno sin fin que le sigue, son aquí verdaderamente trascendentales.

Y lo eran mayores hace algunos años. Aún recordamos la época en que al terminar el período estival se cambiaban hasta los faroles del alumbrado público, sustituyéndolos por otros más modestos. Ello dió pie a que la revistas satíricas madrileñas presentaran al Donostia de invierno con las casas ocultas en sendos cajones de embalaje. Y no sabemos si de ahí le vino a cierto joyero la ocurrencia, ha pocos años puesta en práctica, de cubrir la portada de su establecimiento con una partida de cajas que semejaban ataúdes. La autoridad local tuvo que intervenir para que desapareciera aquella macabra exposición.

Hoy no llegamos a tales exageraciones, ni se verifica cambio alguno en la Ciudad, que mantiene el aspecto bello y atractivo que tanto renombre le ha dado dentro y fuera del país.

No por eso deja de notarse la transformación en su aspecto callejero; que al arrancar la hoja del 1.º de Octubre se convierte en activa vida de labor, de estudio, de seriedad.

Se acabaron las fiestas bulliciosas, termináronse los conciertos, ya no se anuncian romerías, estamos en el período de calma y sosiego: ¡estamos en invierno!

Y eso el mes de Octubre. No se dirá que Donostia no es población adelantada. Como que se adelanta al almanaque.

\*  
\* \*

La nota grave, solemne, académica, la dan en los Institutos técnicos, con la apertura del curso escolar.

Contrastando con los ligeros y vaporosos atavíos veraniegos, aparecen los catedráticos envueltos en sus austeras togas, a la frivolidad estival sustituyen los graves acentos. recordando al joven la imperiosa necesidad de preparar su porvenir con el estudio y la disciplina escolar; la transformación que se inicia en los Institutos, trasciende a las instituciones de enseñanza industrial y como ráfaga reconfortante se extiende por todos los centros escolares hasta llegar a los tiernos parvulillos que, con su encantadora inconsciencia, entonan la consabida letrilla de

A estudiar, a estudiar,  
Compañeros, a estudiar.

\*  
\* \*

Esto era antes. El presente año, testigo de tan excepcionales acontecimientos, nos ha impuesto un principio de Octubre doloroso y anormal.

Ha habido que alejar a los niños de las escuelas, convirtiendo algunas en improvisados hospitales; se han cerrado los centros docentes y han enmudecido los graves catedráticos suspendiendo la solemnidad académica de la apertura de curso.

Nos ha visitado la epidemia, y no ha sido visita de cortesía, sino trágica y truculenta invasión.

No sabemos aún cómo se llaman, aunque por distinguirla de algún modo la denominamos gripe; ignoramos de dónde viene, desconocemos su naturaleza, pero por triste y dolorosa experiencia hemos palpado sus trágicos efectos.

Las condiciones naturales y la esmerada higiene han solido librar a

Donostia de estos huéspedes sanguinarios. Así ocurrió en otras ocasiones. Cuando la primera aparición del temible huésped del Ganges, llegó hasta el pie de nuestras murallas sembrando a su paso lágrimas y aflicción; en el mismo valle de Loyola causó horrible mortandad, pero dentro de las murallas no se registró una sola víctima.

Lo mismo ha ocurrido en las sucesivas invasiones, el cólera ha respetado siempre a la capital guipuzcoana.

Pero a esta epidemia indocumentada no le han convencido las tradiciones y ha invadido a Donostia con rigores desusados.

La extensión de la enfermedad ha sido inmensa, llegando algunos días a alcanzar la imponente cifra de cinco mil enfermos. Ha hecho presa en todas las clases sociales, sin respetar honores ni jerarquías, pudiéndose decir con Zorrilla que la epidemia alcanzó

desde la princesa altiva  
a la que pesca en ruin barca.

No se respetó la augusta majestad de los alcázares reales y la misma persona del monarca debió rendirse a los molestos requerimientos del inoportuno huésped, aunque felizmente en este caso no pasara de ligera y llevadera indisposición.

En las modestas viviendas penetró la epidemia con destructor aparato, produciendo en las clases menesterosas verdaderos estragos. Cebóse principalmente en personas jóvenes. ¡Cuántos matrimonios arrastrados a la tumba dejando en el infortunio a tiernos niños huérfanos de las caricias paternas!

Las autoridades han desplegado desusada actividad para acudir en socorro de tanto infortunio, tendiendo principalmente a remediar los estragos que en las familias pobres producía la miseria en íntimo consorcio con la epidemia.

Ha dado un alto ejemplo de civismo y amor a la Humanidad la sufrida, activa e inteligente clase médica, a la que en los momentos de mayor peligro se han unido facultativos ya retirados de su profesión y notables especialistas que han querido compartir con sus profesionales los riesgos de su actuación y las penosas labores que tan anormales circunstancias imponían.

Estos beneméritos hijos de la Ciencia han rendido el doloroso tributo de las vidas de dos ilustres facultativos muertos en el cumplimiento de su nobilísima misión y a resultas del inevitable contagio.

Los nombres de los doctores Irigoyen y Gurruchaga, víctimas de su caritativa actuación, merecerán en todos tiempos la admiración de las gentes, la bendición de los atribulados a quienes consolaron con sus cuidados y las oraciones de todas las almas nobles y piadosas.

Esperamos en Dios que el celo de nuestras autoridades, las atenciones de la clase médica, la generosidad de las familias pudientes lograrán contener los avances de la cruel y mortífera enfermedad, estirpando en breve plazo hasta los últimos gérmenes de tan insaciable huésped.

TEA

